

Sobre las *Antropologías desde el sur* y otras cuestiones urgentes¹

PABLO SANDOVAL LÓPEZ

ESCUELA DE ANTROPOLOGÍA

UNIVERSIDAD NACIONAL MAYOR DE SAN MARCOS.

(LIMA)

Correo electrónico: psandovall@unmsm.edu.pe

DOSSIER

Esteban Krotz publicó en 1993 un importante artículo: «La producción de la antropología en el sur: características, perspectivas, interrogantes»,² donde esboza un amplio programa de reflexión antropológica. Allí señalaba que la característica central de los estudios antropológicos en las zonas sur del planeta, no es investigar a unos «otros», sino a sus propias comunidades. Esta peculiaridad quebraría el silencio producido por las antropologías del norte, que se presentó siempre como la *verdadera* y *legítima* antropología, con sus propios conceptos, enfoques y metodologías. Se trataba ahora, mencionaría en una entrevista

- 1 Intervención realizada en el Conversatorio «Etnografías desde el Sur. Convergencias políticas contemporáneas», en el marco del VI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología, realizado el 26 de noviembre de 2020. Participaron también del conversatorio: Rosana Guber (Argentina), Francisca Márquez (Chile) y Eduardo Álvarez Pedrosian (Uruguay). Agradezco los comentarios a una versión preliminar a José Luis Rénique, Mirko Solari y Lucero Reymundo. En este trabajo estamos usando el sistema de referencia Chicago.
- 2 Esteban Krotz, «La producción de la antropología en el Sur: características, perspectivas, interrogantes», *Alteridades*, vol. 3, núm. 6, 1993, pp. 5-11 (publicado en inglés como: «Anthropologies of the South: Their rise, their silencing, their characteristics», *Critique of Anthropology*, 17(3)1997, pp. 237-251). También puede revisarse: «La generación de teoría antropológica en América Latina: silenciamientos, tensiones intrínsecas y puntos de partida», *Maguaré*, 11-12, 1996, pp. 25-39; «Las antropologías latinoamericanas como segundas: situaciones y retos», *II Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología. Balance de la última década: Aportes, Retos y nuevos temas*, 1, 2007, pp. 41-59.

de 2018, no tanto de librarnos de una situación postcolonial, sino de llevar adelante «la tarea pendiente de la de(s)colonización» del conocimiento.³ El objetivo era reescribir la historia de la antropología, hasta entonces compuesta desde los espacios metropolitanos, y librarnos de la galería de los «padres fundadores», con sus genealogías teóricas y sus linajes de descendencia por «escuelas» de pensamiento.

¿Cómo situarnos en una discusión sobre la «antropología desde el sur», incluso de la propia idea de una «antropología latinoamericana»? Esta controversia, ciertamente, ha sido posible gracias al influjo de las teorías poscoloniales que entablaron un diálogo —pocas veces explícito— con la tradición del pensamiento social latinoamericano.⁴ Ante el desgaste de la disidencia teórica que produjo la teoría de la dependencia latinoamericana en la década de los sesenta, se suma ahora un nuevo respiro con la alternativa epistémica de provincializar la modernidad occidental. Tiene razón Claudio Lomnitz cuando señala que «la noción de dependencia tiene tanto de firma latinoamericana como el concepto “poscolonial” tiene de firma asiática, africana y de Medio Oriente». Lo que ocurre ahora, agrega Lomnitz, es que la academia norteamericana ha situado a América Latina en una espacialidad temporal (colonial, postcolonial) que la inscribe con cierta posición política (el Sur Global).⁵

Pero no olvidemos que las teorías que circulan no son ciegas ni neutrales; tienen siempre un punto de origen que las define. Los conceptos viajan y en su traslado suelen perder la textura de sus circunstancias de procedencia y se distorsionan sus significados.⁶ Es

3 Esteban Krotz, «No se debe hablar en América Latina de una situación postcolonial sino de la tarea pendiente de de(s)colonización», *Plural. Antropologías desde América Latina y el Caribe*, Año 1, Nº 1, enero-junio, 2018.

4 Al menos como se desprende del libro de Maristella Svampa, *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo*, EDHASA, Buenos Aires, 2016.

5 Claudio Lomnitz, «Tiempo y dependencia en América Latina», en: Claudio Lomnitz, *La nación desdibujada. México en trece ensayos*, Mal Paso ediciones, México D. F., 2016, p. 65.

6 Edward W. Said, “Traveling Theory Reconsidered”, *Reflections on Exile and Other Essays*, Cambridge, Harvard University Press, 2000, pp. 436-452.

lo que ha sucedido con el propio término de postcolonial, que al añadirle la noción geohistórica de América Latina confundió más nuestras certidumbres empíricas y conceptuales.⁷

¿Cuánto tiempo hemos invertido en las últimas décadas en definir si nuestra antropología «desde» América Latina era decolonial o posmoderna, si era indigenista o postindigenista, si su agenda central era la defensa de nuestra «América indígena profunda» o en remarcar la inevitable hibridez de nuestros intercambios culturales, si su sujeto era el «subalterno» o el pueblo de matriz «nacional-popular»? En estas disyuntivas binarias, usualmente no quedaba tiempo para los matices históricos, ni paciencia para los detalles etnográficos. Se era lo uno o lo otro.

Quizá ello haya influido en que la discusión sobre la antropología desde el sur ha recargado demasiado las tintas en las condiciones de su producción epistémica, descuidando otros elementos igual de relevantes. Esto es, las características de la circulación y recepción de las teorías antropológicas producidas en el norte y las marcas que han dejado en las agendas de enseñanza e investigación de las antropologías nacionales en América Latina.

Debo confesar que me siento cómodo (¿quién no?) con la propuesta central de las antropologías desde el sur. Es decir, con la necesidad de remodelar los límites actuales de la antropología y avanzar hacia una antropología indisciplinada, que tienda a liberarse de las asimetrías de poder producidas desde la antropología hegemónica. El objetivo es loable: descentrar las narrativas históricas de la antropología eurocéntrica que naturalizó su papel de difusora de teorías, y visibilizar a las antropologías periféricas, que usualmente se autorrepresentaron como academias que solo imitan y repiten el canon teórico de la antropología del norte. Es probable que hace cincuenta años el objetivo haya sido defender una antropología antifeudal o antiimperialista. Pero esa era una época previa a las advertencias que Edward Said y Dipesh Chakrabarty hicieran en sus libros desde los años ochenta. Aquello fue marxismo

7 Al respecto de este debate, Mauricio Tenorio elabora una detallada genealogía, *Latin America: The Allure and Power of an Idea*, University of Chicago Press, Chicago, 2017.

puro. Y el enemigo era el desarrollismo y sus hijos: el empirismo y el positivismo.⁸

Pero ¿qué significa realmente una antropología desde el sur? ¿Sur significa, en sentido estricto, periferia? Y si fuera el caso ¿quiénes y desde qué espacio académico se define nuestra condición periférica?

Luego de revisar los principales debates al respecto, me resulta curioso que las discusiones hayan sido propiciadas principalmente por autores/as que se desenvuelven en entornos académicos del norte (o vinculados a este).⁹ Sus artículos y libros circulan en las redes editoriales de esta academia hegemónica, entendiendo por ello a las academias norteamericana y europea. Esto me lleva a una primera sospecha: quizá estamos ante un nuevo capítulo de la antigua «problematización» que elaboró la academia del norte sobre el Sur Global, «que opera únicamente en tanto en cuanto Estados Unidos se mantenga estable como punto de referencia que legitima las coaliciones y las escisiones políticas».¹⁰

Visto desde la historia intelectual de las ciencias sociales, no nos debería sorprender. Esto viene operando desde inicios del siglo xx cuando se instalaron en los Estados Unidos los estudios de «áreas culturales» o el campo de los estudios latinoamericanos en plena emergencia de la Guerra Fría. Desde entonces, el vocabulario teórico ha cambiado. Se habla ahora de visibilizar las “Geopolíticas del Conocimiento Antropológico” desde las áreas geoepistémicas «metropolitanas» y «periféricas».

Lo cierto es que avanzar en esta discusión no se reduce a una simple disidencia epistemológica que nos permita diferenciarnos de las antropologías hegemónicas del norte. Significa, además, imaginar formas de elaboración teórica y política que replanteen las

8 Agradezco a José Luis Rénique esta sugerencia.

9 Ver, por ejemplo, Gustavo Lins Ribeiro y Arturo Escobar (eds.), *World Anthropologies: Disciplinary Transformations within Systems of Power*, Berg Publishers, 2006 (Versión en castellano: *Antropologías del mundo. Transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder*, Universidad Autónoma Metropolitana/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/ Universidad Iberoamericana/Enviación/The Wenner-Gren Foundation, México DF, 2009, 419 pp.

10 Claudio Lomnitz, «Tiempo y dependencia en América Latina», p. 66.

condiciones de producción y circulación de las teorías etnográficas que se producen también desde las academias del sur. Es decir, quizá lo más urgente sea construir plataformas de intercambio institucional desde las academias del sur que faciliten diálogos realmente horizontales, donde nuestras voces teóricas y propuestas etnográficas estén mejor representadas. Solo así se podrán conseguir reales intercambios académicos, propiciar la circulación de ideas y de investigadores, visibilizar publicaciones e incentivar escrituras antropológicas realmente experimentales. Descolonizar sí, pero sobre todo procurar conexiones institucionales y redes académicas entre *nosotros*, los del sur.

Este desafío es planteado en un contexto en que nos enfrentamos a una nueva realidad universitaria: la estandarización académica. Se ha propagado el diseño de planes de estudios y lineamientos de investigación que menoscaban y penalizan la experimentación creativa. La carrera docente universitaria ahora es evaluada bajo criterios de competitividad. Y si a ello le sumamos los modelos de medición basados en estándares de acreditación internacional, todo apunta a un nuevo modelo de gestión empresarial del conocimiento. Ciertamente esta situación no es exclusiva de América Latina. Responde a un nuevo tipo de gobernanza universitaria global.

¿Qué hacer entonces? ¿Cómo diseñar estrategias institucionales realistas que sirvan de soporte a la propuesta de una antropología disidente desde el sur?

Un riesgo que observo es que podemos quedar paralizados en la discusión epistémica. A estas alturas nadie duda de la necesidad de desprovincializar la antropología y revelar su persistente sentido eurocéntrico. Pero en el camino perdemos de vista otras características igual de esenciales. Por ejemplo, las dimensiones políticas y económicas de la enseñanza y la investigación antropológica en América Latina. A fin de cuentas, la abrumadora mayoría de la práctica antropológica en la región continúa realizándose desde la universidad y, en especial, desde la universidad pública, que se encuentra desde hace años en una crisis constante. ¿Cómo obviar esta situación?

Empujar el desarrollo de las antropologías desde el sur debe responder al diseño de dos estrategias simultáneas. Por un lado, insistir en la discusión epistemológica acerca de las teorías, metodologías y prácticas de investigación. Pero también convendría abordarla desde sus anclajes políticos y económicos que igualmente definen la producción del conocimiento antropológico. Ambas rutas están entrelazadas. No se puede descolonizar o indisciplinar la antropología si no consideramos también las estructuras institucionales de nuestras universidades. Al reconocer la mutua dependencia de ambas dimensiones podemos ir más allá de ciertos debates epistemológicos que, por momentos, nos ahoga en el pesimismo teórico, nos empuja a un callejón sin salida y nubla las posibilidades de futuro. En algunos casos, incluso, damos vueltas alrededor de cierto radicalismo teórico que nos paraliza y alienta la despolitización.

Somos conscientes de que la tendencia global de la acreditación académica productivista responde a lógicas extraacadémicas. No se me ocurre una salida que ignore esta situación. Al contrario, toda posibilidad de una antropología «disidente» debe diseñar estrategias de intervención académica que facilite visibilizar otros saberes, conocimientos, lenguajes y escrituras con el fin de pluralizar los sentidos de la antropología. Quizá sea esta una gran oportunidad para escapar de la angustia por mantener una «antropología verdaderamente latinoamericana», a estas alturas, históricamente discutible, y que expresa más bien cierta nostalgia esencialista por una identidad teórica perdida.

¿Cómo hilvanar antropologías disidentes que escapen de la normalización academicista? El asunto es más bien cómo traducirlas en propuestas viables que no nieguen la necesidad de intervenir en las instituciones académicas y que al mismo tiempo reconozcan las nuevas demandas de los actores sociales, con los cuales necesitamos dialogar con urgencia. A todo ello, la agenda de descolonizar el conocimiento desde el sur necesita establecer alianzas estratégicas con las antropologías del norte, en particular con nuestros colegas, cuya formación inicial se produjo en las academias del sur pero que trabajan en los Estados Unidos y Europa. Lo que necesitamos es

sumar aliados, converger en propuestas académicas comunes y no fragmentar más nuestra comunidad académica.

Hasta aquí no he dicho nada realmente novedoso. Lo que sí es menos visible en este debate son las fracturas académicas internas en cada país. Sabemos bien que en cada uno de nuestros países existe una desigualdad académica que reproduce una suerte de «colonialismo interno» en la producción y legitimación del discurso antropológico. Estas disparidades no se definen por las asimetrías norte/sur, sino por sus anomalías nacionales (capital/provincias o centro/periferia). En el plano latinoamericano, por ejemplo, cuando se alude a LA ANTROPOLOGÍA PERUANA esta se reduce básicamente a la producción académica de dos universidades: la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM) y la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), una pública y la otra privada, ambas en Lima y con mayor tradición de investigación y de publicaciones. Lo que ocurre con las siete universidades públicas de las otras regiones del país donde también se enseña antropología, se sabe poco o nada. Puesto así, es poco sostenible hablar de una comunidad académica nacional. Estas mismas asimetrías ocurren en cada antropología nacional: entre las universidades más legitimadas y las menos incluidas, las más «nobles» y las «menos prestigiosas», las más conectadas a redes académicas internacionales y las más «provincianas». Lo cierto es que existen subperiferias académicas locales al interior de cada periferia nacional. Una antropología disidente desde el sur debe tomar nota de estas brechas.

Aun con la mejor de nuestras intenciones, cuando hablamos de antropología peruana, mexicana, brasileña o colombiana como una totalidad, terminamos reproduciendo toda una cadena de jerarquización de esas «otras antropologías periféricas». En Perú, al menos, mientras más nos alejamos del centro (la capital) y nos acercamos a la periferia académica más dura, menos se escucha el eco de los llamados a la insurgencia subalterna y a la descolonización teórica. Allí nos topamos no solo con exclusión epistémica. Encontramos casi zonas de abandono institucional, con universidades precarizadas, estudiantes con débil formación académica y docentes que deben lidiar con el multiempleo. ¿Cómo conciliar el

objetivo de subvertir la epistemología eurocéntrica en un paisaje académico e institucional precario y desigual? En ese escenario, la propuesta de indisciplinar y descolonizar la antropología pierde no solo potencia teórica sino eficacia política, simplemente porque no existen las condiciones mínimas para el debate, y es bastante probable, que las prioridades y urgencias de esta comunidad de docentes y estudiantes sean otras.

La descolonización es posible, pero si contamos con un mapeo realista de nuestras condiciones académicas que dialogue con objetivos bien definidos. Una ruta más eficaz quizá sea historizar los proyectos de formación institucional de nuestras antropologías periféricas, no por medio de las autorrepresentaciones generadas a partir de la importación teórica fuera del contexto del conocimiento metropolitano. Ya abundan las historias simples y cristalinas del tipo: las proezas de la escuela estructuralista levi Straussiana en Brasil, el impacto del marxismo en la teoría del “colonialismo interno”, o la potencia creativa del culturalismo norteamericano en Perú. En estas narrativas no se señalan conexiones y afinidades institucionales, ni existen redes de financiamiento que monopolizan el capital intelectual, ni se explicitan las condiciones sociales de producción del conocimiento. La imagen que ofrecen es la de una comunidad académica “inmaterial” y deslocalizada, con investigaciones que se realizan solas, escritas por mentes brillantes, que producen libros que circulan mágicamente solos. Una vía más útil de análisis es la que señala el antropólogo brasileño João Pacheco de Oliveira: debemos escribir nuestra historia «a través de un análisis cuidadoso de las prácticas de investigación concretas y actualizadas» que desarrolla cada antropología periférica.¹¹

Insisto en el mismo punto: la alternativa pasa por crear zonas comunes de intercambio que reconozcan la pluralidad de sentidos de la antropología que se produce en cada academia nacional. Aquí recobro la propuesta de un conocido antropólogo peruano: «La única forma de coordinar y articular un programa [de investigación de

11 João Pacheco de Oliveira, “Desafios contemporâneos para a antropologia no Brasil. Sinais de uma nova tradição etnográfica e de uma relação distinta com os seus ‘outros’”, *Revista Mundaú*, 2018, n.4, p. 145.

antropología] a nivel internacional sería mediante el intercambio de investigadores, profesores y estudiantes y un convenio interuniversitario entre nuestras universidades del área andina [...] Esto puede interesarle a las universidades europeas y norteamericanas para los cuales no existen mejores campos de estudio que los que ofrecen los países iberoamericanos, africanos y asiáticos». ¹² Esto señalaba José María Arguedas, en un tono ciertamente polémico, en agosto de 1967, durante un encuentro de antropólogos latinoamericanos auspiciado por la Wenner-Gren Foundation y realizado nada menos que en el castillo Burg Wartenstein en Austria. ¿Arguedas eurocéntrico? ¹³

Lo que no podemos hacer es quedar atrapados en una suerte de diálogo autorreferencial que nos inmovilice. La crítica de la crítica de la teoría eurocéntrica no debe traducirse en tristeza melancólica por la pérdida de nuestra identidad teórica propiamente «latinoamericana». Una antropología disidente desde el sur debe proponer espacios horizontales y comunes de intercambio y reconocimiento académico.

Por ejemplo, las medidas que han tomado varias universidades en América Latina para el ingreso de estudiantes indígenas y afrodescendientes mediante las cuotas es un primer gran paso hacia la real descolonización del conocimiento, pero corresponde ir más allá. Se deben derribar los muros existentes entre los «sujetos de estudio» y la antropología académica. No hablo de propiciar una antropología colaborativa donde aún persiste la asimetría ya que el «otro» es un invitado tutelado en tanto aporta con su «experiencia nativa» y no por sus elaboraciones teóricas. No es populismo. Se trata de ser conscientes de un real movimiento descolonizador que ponga por delante la etnografía y «devolver» la elaboración del conocimiento sobre el «otro» al «otro». Por ello debemos articular los máximos

12 José María Arguedas, «Reunión para la integración de la enseñanza con las investigaciones antropológicas» (G. A. Beltrán, J. V. Murra et al.), *Anuario Indigenista*, Vol. 27, 1967, pp. 1-193.

13 Entre los que acompañaron a Arguedas en esta reunión estuvieron: Richard N. Adams, Gonzalo Aguirre Beltrán, Roberto Cardoso de Oliveira, George M. Foster, Fernando Fuenzalida, Friedrich Katz, Luis Lumbrales, José Matos Mar, John Murra, Ángel Palerm, Bryan Roberts, entre otros.

esfuerzos para crear una especie de zona franca de intercambios y cooperación académica, para así descentralizar realmente los lugares habituales de acumulación de capital simbólico, donde sean posibles verdaderas conversaciones antropológicas. Si aquellos a quienes se les denomina «subalternos» no participan de manera efectiva de la descolonización del conocimiento, la indisciplina epistémica desde el sur terminará siendo más un juego retórico que una alternativa política del conocimiento.

A estas alturas estamos todos de acuerdo en la urgencia de provincializar la antropología metropolitana. Es una meta necesaria. Pero no se trata solo de provincializar el pensamiento humanista que se asume universal. Quizá lo más provocador de una antropología disidente desde el sur sea aquella que se traza como meta estudiar a los países del norte. ¿Por qué no hacer trabajo de campo en Estados Unidos o en los países de Europa? John Murra ya señalaba este desafío cuando era profesor visitante en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en la década de los sesenta.

No ser conscientes de estas condiciones de producción y circulación del conocimiento, quizá retrase nuevas formas de construir redes y coaliciones no solo para desafiar epistemológicamente a Occidente, sino para proponer alternativas a las políticas de formación, investigación y publicaciones de nuestras propias universidades. La revuelta epistemológica de las antropologías desde el sur, aunque democrática en sus intenciones, podría derivar en un lenguaje elitista y poco enraizado en nuestras realidades institucionales. No tomar nota de ello terminaría reproduciendo las conocidas «desigualdades persistentes» en nuestra fragmentada comunidad académica latinoamericana.

Ya es tiempo de tomar en serio la construcción de una antropología desde el sur comprometida con lo contemporáneo, cuyos puntos de partida sean siempre las preocupaciones teóricas y los anclajes etnográficos, lejos de todo exotismo esencialista. Pero también distante de toda propuesta intercultural (estatal) o multicultural (de mercado) que pretenda borrar la vitalidad conflictiva y creativa de distintos modos de existencia. Es parte de nuestro compromiso poner nuestros conocimientos a disposición de las

demandas públicas y hacer esfuerzos por saltar las fronteras de los círculos académicos especializados. En cierto modo «es el pago de la deuda que contraemos ante la sociedad que [siempre] nos ofrece la posibilidad de estudiarla». ¹⁴ Al restituir a estos diversos públicos la comprensión de sus propios mundos sociales, la antropología ayuda a los mismos actores sociales a que se apropien de estos saberes etnográficos, de discutirlos y de utilizarlos para sus propios fines y proyectos políticos. En este sentido, una antropología hecha desde el sur podría convertirse en un arma política poderosa que contribuya al desafío siempre abierto de democratizar nuestra sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

Arguedas, José María

1967 «Reunión para la integración de la enseñanza con las investigaciones antropológicas» (G. A. Beltrán, J. V. Murra *et al.*), *Anuario Indigenista*, Vol. 27, 1967, pp. 1-193.

Fassin, Didier

2017 «Hacia una ciencia social crítica. Entrevista a Didier Fassin», *Andamios*, vol.14, n.34.

Krotz, Esteban

1993 «La producción de la antropología en el Sur: características, perspectivas, interrogantes», *Alteridades*, vol. 3, núm. 6, pp. 5-11 (publicado en inglés como: “Anthropologies of the South: Their rise, their silencing, their characteristics”, *Critique of Anthropology*, 17(3)1997, pp. 237-251).

1996 «La generación de teoría antropológica en América Latina: silenciamientos, tensiones intrínsecas y puntos de partida», *Maguaré*, 11-12.

2007 «Las antropologías latinoamericanas como segundas: situaciones y retos», II Congreso Ecuatoriano de Antropología y Arqueología. Balance de la última década: Aportes, retos y nuevos temas, I, pp. 41-59.

2018 «No se debe hablar en América Latina de una situación postcolonial sino de la tarea pendiente de de(s)colonización», *Plural. Antropologías desde América latina y el Caribe*, Año 1, N° 1, enero-junio.

14 Didier Fassin «Hacia una ciencia social crítica. Entrevista a Didier Fassin», *Andamios*, 2017, vol.14, n.34, p. 362.

- Lins Ribeiro, Gustavo y Arturo Escobar (eds.),
2006 *World Anthropologies: Disciplinary Transformations within Systems of Power*, Berg Publishers. (Versión en castellano: *Antropologías del mundo. Transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder*, Universidad Autónoma Metropolitana/Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social/Universidad Iberoamericana/Enviñón/The Wenner-Gren Foundation, México DF, 2009, 419 pp.).
- Lomnitz, Claudio
2016 «Tiempo y dependencia en América Latina», en: Claudio Lomnitz, *La nación desdibujada. México en trece ensayos*, Mal Paso ediciones, México D. F.
- Pacheco de Oliveira, João
2018 “Desafios contemporâneos para a antropologia no Brasil. Sinais de uma nova tradição etnográfica e de uma relação distinta com os seus ‘outros’”, *Revista Mundaú*, n.4.
- Said, Edward W,
2000 “Traveling Theory Reconsidered”, *Reflections on Exile and Other Essays*, Cambridge, Harvard University Press.
- Svampa, Maristella
2016 *Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo*, EDHASA, Buenos Aires.
- Tenorio, Mauricio
2017 *Latin America: The Allure and Power of an Idea*, University of Chicago Press, Chicago.



PABLO SANDOVAL LÓPEZ es licenciado en Antropología por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), maestro y doctor en Historia por El Colegio de México. Actualmente es profesor asociado en la Escuela de Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, y Director de la *Revista de Antropología* de la misma universidad. Su última publicación es: *Antropologías hechas en Perú* (editor, 2020, ALA). Dirige la editorial independiente en ciencias sociales *La Siniestra Ensayos*.